

La sorprendente historia del Sr.Harris

Yolanda López-Muñiz Rodrigo

Un relato de
Yolanda López-Muñiz

LA SORPRENDENTE HISTORIA DEL SR.HARRIS



Capítulo 1

Bajé las escaleras y ahí estaba de nuevo. Permanecía sentado y golpeteaba el mango de la cuchara contra la mesa de la cocina, impaciente por llevarse algo a la boca de lo que mi madre hubiera preparado para desayunar.

Recuerdo que, cada vez que daba un sorbo al café, solía encorvarse de tal manera que sus huesos afilados se marcaban en una camisa ajada por el tiempo y la intemperie.

La imagen era algo sobrenatural. Por eso, a mí, siempre me había dado miedo.

Era la mañana de un frío 21 de diciembre y, mientras me sentaba enfrente de él para tomar mi vaso de leche, volvió a mirarme fijamente. Tenía los ojos azules y pelo blanco largo, lo suficiente para que lo llevara recogido en una coleta baja.

—Sabes —dijo, tras levantar sus ojos del vaso—. Yo solía tocar el acordeón.

Siempre la misma frase. A la misma hora. Las nueve en punto. El Sr. Harris era un hombre pobre, muy mayor, y pasaba los días en la calle, tocando su viejo acordeón imaginario. Lo apodaban «El Garras», por cómo se le marcaban los nudillos al pulsar cada una de las teclas en el aire.

Éramos una familia humilde pero, mis padres, siempre guardaban algo de comer caliente para él, al menos, en los días de más frío. Y solo a primera hora. El resto del día, el Sr. Harris merodeaba por las calles de Londres en busca de un acordeón de verdad, lo suficientemente asequible como para pagarlo con las monedas que le daban en la calle.

Aunque yo tenía diez años y su aspecto me daba un miedo terrible, era lo suficientemente capaz de sentir que era un buen hombre. Y eso lo sabía bien el barrio de Wood Green, donde era conocido por todos, hasta el último ratón, por sus melodías imaginarias que solía tararear de forma entrecortada. Desconocíamos qué rondaba por su cabeza; desconocíamos su pasado; pero nunca había hecho daño a nadie.

—¿Alguna vez has oído tocar de verdad al Sr. Harris? —Pregunté a mi madre, una vez que este se marchó.

—Jamás —respondió. De hecho, nunca hemos sabido si sabe tocar de verdad el acordeón o no.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Una de esas repentinas y locas que tienen los niños, dispuestos a llevar hasta el final. Y yo lo estaba. Corrí escaleras arriba hacia mi habitación y me dispuse a hacer varios carteles con la siguiente frase: *Regalo de Navidad para el Sr. Harris «El Garras»: ¡un acordeón de verdad!*

Después, invitaba a que, si había alguien en el barrio que tuviera uno y ya no lo utilizara, lo trajera a una dirección donde, seguro, el Sr. Harris lo vería: mi casa. A mediodía, eché casi un centenar de carteles a los buzones de la zona y lo entregué a varios comercios y cafeterías, donde irían más vecinos a lo largo del día. No era muy común que alguien tuviera un acordeón, pero cosas más raras podían ocurrir.

Esperé toda la tarde, sin salir de casa, mientras descorría una y otra vez la cortina del salón, para ver si alguien se acercaba y llamaba al timbre, que no llegó a sonar. Tampoco lo hizo al día siguiente, cuando, a las nueve de la mañana, de nuevo:

—Sabes —comenzó a decir—.

Le interrumpí.

—Yo solía tocar el acordeón— añadí, en una de esas veces en las que dices algo en voz alta sin querer—.

—¿Tú también? —Me preguntó, abriendo los ojos como platos.

—¡Ay! No, no —respondí, nervioso—. Es que, me lo ha dicho alguna que otra vez.

—Lo siento, no lo recuerdo—dijo— Solo mis notas, solo mis notas.

Y se miró las palmas de sus manos, como si allí fuera a encontrar algo que, sin duda, había perdido tiempo atrás. Por primera vez, no sé por qué, no me dio tanto miedo. Como decía, ese día, tampoco llamó nadie a casa y lo único que sonó fue el tintineo de los copos de nieve cayendo sobre un suelo ya casi congelado.

La mañana del 23 de diciembre, un día antes de Nochebuena, algo había cambiado. Un sonido procedente de la calle me despertó, por lo que eché mi edredón hacia atrás y salí de la cama corriendo para asomarme por la ventana y ver lo que me imaginaba que sería: el Sr. Harris estaba tocando y, esta vez, lo hacía de verdad.

Era la melodía más bonita que había oído hasta ese momento, y sonaba como solo puede sonar un acordeón, con sus vaivenes agudos y graves, liberando una música que parecía haber estado escondida muchos años, y que ahora inundaba el vecindario de Salisbury Road con todo su esplendor.

Parece ser que, la noche anterior, alguien (nunca supimos quién) había dejado un acordeón en el rellano de casa. Era precioso, de madera y de segunda mano, y parecía que lo habían cuidado con mucho cariño. Por tanto, una vez que el Sr. Harris lo vio esa mañana, nunca llegó a entrar por la puerta, olvidándose de su desayuno y de cualquier otra cosa que llevarse a la boca pues, en todo el día, no paró de tocar ni un solo segundo.

Aquello era algo increíble, que atrajo a muchos curiosos de zonas aledañas. Incluso, se corrió la voz en gran parte de Londres y varios medios de comunicación locales vinieron a documentarse acerca de la historia del donante anónimo del acordeón y, en definitiva, todo el misterio que rodeaba la vida del Sr. Harris. Sin embargo, de esto último, poco pudieron averiguar más que rumores, pues nadie sabía qué se escondía detrás de aquellas notas.

Cuando el sol se puso, las manos del Sr. Harris eran todo un baile de huesos marcados por unas uñas azules por el frío. Esa noche, me fui a la cama bajo el abrigo de sus canciones, que aún sonaban intensamente durante mi último parpadeo, antes de quedar profundamente dormido.

En la mañana de Nochebuena, bajé las escaleras dispuesto a preguntarle por el día anterior. La verdad es que tenía ganas de saber qué había sentido al volver a tocar, de si estaba contento por ello, o de averiguar por qué sabía tocar así de bien. Pero, cuando me senté enfrente de él para tomar mi vaso de leche, enseguida noté que había algo raro aquél día.

Estaba más pálido de lo habitual, y sus ojos hundidos se clavaron en mí, esta vez de una forma que nunca he sabido describir. Estaba muy serio. El miedo volvió a recorrerme el cuerpo, pero me serené y lo intenté:

—Jo, qué sorpresa lo de ayer —dije, sin saber muy bien cómo continuar—. Así que sabe tocar de verdad el acordeón, ¿hasta qué hora estuvo? Creo que ya era muy tarde la última vez que lo oí.

Su respuesta fue el silencio.

—¿Sr. Harris? —insistí, muy bajito, y casi temblando—. Seguía mirándome fijamente, esta vez, con los ojos más abiertos.

Tras unos segundos de la espera más incómoda de mi vida, no dijo ni una palabra. Simplemente, se levantó y caminó de una forma lánguida, hasta desaparecer por la puerta sin más.

En ese momento, sentí un escalofrío y una voz sonó en mitad de la calle: «¡El Garras ha muerto! ¡El Garras ha muerto!». Salí corriendo y vi su cuerpo sin vida, encorbado sobre el suelo y algo cubierto por la nieve, con las manos todavía sobre un acordeón que nunca dejó de tocar. Eran las

nueve de la mañana.